

LA REPRESENTACIÓN DEL GRAN REY AQUEMÉNIDA EN LA NOVELA HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA

MANEL GARCÍA SÁNCHEZ
*Universitat de València**

Han transcurrido ya más de veinticinco años desde que Edward W. Said publicase su *Orientalismo* (Nueva York, 1978)¹. En dicho libro, que ha devenido imprescindible guía e inspirador de no pocos estudios revisionistas sobre la representación de Oriente, se defendía una tesis aparentemente obvia pero difícilmente aceptable para un mundo, el occidental, lastrado desde la antigüedad por la construcción de una imagen de Oriente mezcla de fascinación y de recelo, de cautela y de escrúpulo. Quizás su condición a la par de palestino y estadounidense, sus muchas lecturas y su hibridismo cultural lo predisponían especialmente para vislumbrar y desarrollar una idea sencilla que despertaba nuestra mala conciencia y convertía en imperativo el cuestionamiento de una construcción del imaginario occidental maquillada, una y otra vez, por un fariseísmo interesado, por un maniqueísmo deformador. La imagen de Oriente –en el trabajo de Said, desde que Napoléon invadió Egipto en 1798, pero como él mismo tan sólo esbozó desde la mismísima antigüedad grecolatina, la de *Los Persas* de Esquilo– se ha construido, y se reconstruye, a través del mecanismo de la negación, de presentar a la alteridad como un mundo invertido al nuestro, como las antípodas de la racionalidad, como el dominio de la violencia desatada, como un mundo, en definitiva, que cautiva y que

* Departament d'Història de l'Antiguitat i de la Cultura Escrita; e-mail: manel.garcia@uv.es.

¹ Said, E.W. (1990): *Orientalismo*, Madrid. Complementado con *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 1996 (Nueva York, 1993).

subyuga porque está dominado por el exotismo y la molicie. En definitiva, un brillante ensayo sobre los mecanismos de construcción del *Otro*, de la alteridad, que recupera, de entre los sedimentos de la historia, la memoria de nuestra construcción de una imagen de Oriente poco dada a reconocer deuda alguna contraída con él. Said se remontaba a *Los Persas* de Esquilo, pero los estudiosos de la antigüedad sabemos que la construcción de esa representación de la alteridad, del bárbaro, fue una empresa colectiva de muchos de los grandes nombres del mundo clásico, sobre la que las Guerras Médicas tuvieron no poco que ver, que recorrió un cronotopo secular, milenario. Esa creación del imaginario griego se ha alimentado a lo largo de la historia de lo que Juan Goytisolo² ha llamado ‘una cáfila de clisés etnocentristas, acumulados durante los siglos de lucha de la Cristiandad contra el Islam’, clisés que, en buena medida, y por desgracia, gozan de una espléndida salud en nuestro presente. Como producto del imaginario griego, a partir del contacto con una realidad geográfica y etnográfica asiática y egipcia, ese estereotipo esclerotizado constituye, como se ha dicho, un *mirage grec*, que de Aristóteles a Montesquieu, de Marx a Wittfogel ha tendido a ver en Oriente una propensión hacia el despotismo, la tiranía, la esclavitud de la razón por las pasiones. El mito, antes de que Alejandro conquistase Oriente, ya se había apropiado de Asia a través de héroes como Belerofonte y Cadmo o mediante la atribución de ancestros epónimos a cada uno de los pueblos orientales como Persia-Perseo o Media-Medos-Medea (Hom., *Od.* X, 138-9; Hes., *Th.* 1001; A., *Pers.* 765-6; Hdt. VII, 61, 3; Pl., *Alc.* I 120e; X., *Cyr.* I, 2, 1)³. El caso persa se convirtió además en un paradigma etnogeográfico en el que, sin duda, hubieron de mirarse muchos otros discursos sobre muchas otras alteridades⁴ y los

² “Presentación” a E.W. Said, *op. cit.*, p. 10.

³ Tourraix, A. (2000): *L'Orient, mirage grec. L'Orient du mythe et de l'épopée*, París, pp. 7-24.

⁴ Una buena síntesis sobre el concepto de bárbaro en la Grecia antigua puede leerse en Lévy, E. (1984): “Naissance du concept de barbare”, *Ktema* 9: 5-14; Santiago, R.A. (1998): “Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad”, *Faventia* 20/2: 33-44; y Harrison, T. (ed.) (2002): *Greeks and Barbarians*, Edimburgo. Sobre los persas en los autores clásicos Haberkorn, H. (1940): *Beiträge zur Beurteilung der Perser in der griechischen Literatur*, Greiswald; Hutzfeldt, B. (1999): *Das Bild der Perser in der griechischen Dichtung des 5. vorchristlichen Jahrhunderts*, Wiesbaden; Harrison, T. (2000): *The Emptiness of Asia. Aeschylus' Persians and the History of the Fifth Century*, Londres; Briant, P. (1988): “Hérodote et la société perse”, en: G. Nenci-O. Reverdin

excesos de los persas sirvieron para ejemplificar la conducta a evitar: la pseudomoral del exceso y la desmesura que servía como anillo al dedo para descalificar en cada uno de sus ahora a las nuevas manifestaciones de la potencia persa, el enemigo mayúsculo de Grecia y Roma, metamorfoseada de Aqueménidas en Seléucidas, de Arsácidas en Sasánidas, de persas en partos, de persas, sencillamente, en orientales, en asiáticos. Y ya se sabe, Oriente, en la tradición occidental, fue y es tierra de prodigios y maravillas, una geografía del exceso que, como las sirenas, seduce con un canto que guía hacia la perdición. Demasiado orgullosos para volver la vista atrás, los autores clásicos optaron por mirar hacia Oriente a través de un espejo deformador⁵, una astucia hermenéutica que justificaba su superioridad por el simple hecho de invertir el derecho y el revés, lo correcto y lo incorrecto. El reflejo de su realidad, invertida ahora, tan sólo podía ofrecer la imagen ilusoria de una alteridad de la que nada se podía emular. Un mundo reflejado y devaluado sólo podía ser concebido como negatividad y esa astucia del mirar a través del espejo sigue siendo un vicio recurrente en nuestra representación de la alteridad, la oriental o la africana, la de todos aquellos que, utilizando un exacto título de Tzvetan Todorov, no son *nosotros* sino, despectivamente, *los otros*⁶. Un discurso, el hilvanado en el mundo clásico sobre el mundo oriental que contribuyó decisivamente a un alejamiento e incompreensión entre un Oriente supuestamente bárbaro y un Occidente civilizado que, en buena medida, aún perdura en

(eds.): *Hérodote et les peuples non grecs*, Vandoeuvres-Ginebra, pp. 69-113; Lévy, E. (1988): "Herodote *Philobarbaros* ou la vision du barbare chez Herodote", en: R. Lonis (ed.): *L'Étranger dans le Monde Grec. Actes du Deuxième Colloque sur l'Etranger, Nancy, 19-21 de septiembere de 1991*: 193-244; Lévy, E. (1996): "Platon et le mirage perse: Platon *Misobarbaros*?", en: P. Carlier (ed.): *Le IV^e siècle av. J.-C. Approches historiographiques*, París, pp. 335-350; Hirsch, S.W. (1985): *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire*, Hanover y Londres. Sobre la representación del Gran Rey Lenfant, D. (1999): "Les rois de Perse vus d'Athènes", en Serwanski, M. (ed.): *Les Grands Hommes des Autres. Actes du Xe Colloque Poznan-Strasbourg des 4-6 nov.*, Poznan, pp. 33-49.

⁵ Precisa y acertada analogía de Hartog, F. (1980 y 1991): *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París.

⁶ Todorov, T. (1989): *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, París.

nuestros días⁷. A través de toda la literatura clásica se enhebró una *retórica de la alteridad* que permitía la recepción de un conjunto de formas de vida calificadas genéricamente como bárbaras. Dicha retórica se configuró a partir de tres categorías⁸. Por un lado, el mecanismo de la *inversión*, esto es presentar ante el lector griego una imagen invertida de su propio mundo, con sus modos de vida y sus valores transformados en sus contrarios, en resumen, una transgresión de los valores de la colectividad helena que mostraba aún como más bárbara a la alteridad. En segundo lugar, la *diferencia*, consistente en mostrar todos aquellos puntos en los cuales los usos y costumbres de los bárbaros se manifestaban como contrarios u opuestos a los usos y costumbres de los griegos o de los nuestros. Finalmente, la *analogía*, figura retórica mediante la cual se invitaba al lector a apoyarse en lo que le resultaba familiar y conocido para imaginar y aprehender lo desconocido. Por supuesto, dicha retórica de la alteridad hubo de plasmarse en un poderoso lenguaje iconográfico que ha impregnado el universo de las formas artísticas desde la antigüedad hasta hace bien poco tiempo. Pero ese es un periplo que no vamos ahora a singlar⁹.

Nosotros vamos a centrarnos únicamente en el análisis de la representación del Gran Rey aqueménida en la novela histórica contemporánea. En concreto analizaremos los seis casos siguientes: *Ciro el Grande*, de Harold Lamb (1960); *El muchacho persa*, de Mary Renault (1972); *Creación*, de Gore Vidal (1981); *Ciro, el Sol de Persia*, de Guy Rachet (1988); *Alejandro Magno, El unificador de la Hélade y Alejandro Magno, El conquistador de un imperio: Asia*, de Gisbert Haefs (1994); y, finalmente, la trilogía *Aléxandros I, El hijo del sueño*, *Aléxandros II, Las arenas de Amón* y *Aléxandros II, El confín del mundo*, de Valerio Massimo Manfredi (1998), siendo obras, salvo la de

⁷ Además de Said, E.W., *op. cit.*, puede verse Grosrichard, A. (1981): *La estructura del harén. La ficción del despotismo asiático en el occidente clásico*, Barcelona (París, 1979); y Hentsch, T. (1988), *L'orient imaginaire. La vision politique occidentale de l'est méditerranéen*, París.

⁸ La definición más preclara de las mismas se hallan en Hartog, F., *op. cit.* y Jacob, C. (1991): *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París.

⁹ Sobre esa recepción o receptividad de la que hablamos en la cultura material puede verse para el caso griego Schoppa, H. (1933): *Die Darstellung der Perser in der griechischen Kunst bis zum Beginn des Hellenismus*, Heidelberg, y el excelente trabajo de Miller, M.C. (1997): *Athens and Persia in the fifth century BC. A study in cultural receptivity*, Cambridge.

Gore Vidal y si exceptuamos a su protagonista, Ciro Espitama, del tipo de novela histórica definido como ‘novela biográfica o biografía novelesca’¹⁰, no olvidemos que la novela de Mary Renault forma parte de una trilogía sobre Alejandro Magno. Los reyes protagonistas de dichos relatos son Ciro el Grande, como revela el título de Harold Lamb y Guy Rachet; Darío I y Jerjes en la novela de Gore Vidal; y Darío III Codomano en las respectivas de Mary Renault, Gisbert Haefs y Valerio Massimo Manfredi. Todas ellas tienen además en común que son obras escritas por excelentes conocedores del mundo clásico y que revelan cuales han sido sus fuentes, como veremos, las obligadas en cada caso. Lo sorprendente –o no tanto si aplicamos el escalpelo de Said– es que dichos autores, con la notable excepción de Harold Lamb y, matizada, de Gore Vidal, repiten los mismos tópicos sobre los persas que los autores clásicos en los que beben y reproducen la misma representación del Gran Rey que dominó en el imaginario clásico, a saber, la de un personaje atrabiliario, bilioso, medroso y esclavo de la molicie, marioneta de las mujeres y los eunucos, esto es, víctima de las conjuras del harén¹¹.

Nuestro recorrido será cronológico, pero no en relación a la fecha de publicación de cada una de las novelas, sino de cada uno de los reyes protagonistas de las mismas.

Es obligado, entonces, comenzar con *Ciro el Grande*, de Harold Lamb. El autor norteamericano se documentó especialmente para reconstruir esta biografía novelada del fundador del imperio aqueménida. Entre los autores clásicos sus fuentes fueron, cómo no, Heródoto y, especialmente, la *Ciropedia* de Jenofonte. Pero lo cierto –y admirable– es que el autor leyó la *History of the Persian Empire* de A. T. Omstead (1948) y conocía los trabajos de G. Cameron, uno de los editores de las

¹⁰ García Gual, C. (2002): “Novelas biográficas o biografías novelescas de algunos personajes de la antigüedad: algunos ejemplos”, en: *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona, pp. 127-140.

¹¹ Buena parte de los tópicos fijados por los autores clásicos sobre los persas han perdurado hasta nuestros días también en el mundo del cómic, como podemos descubrir en la exótica recreación de la batalla de las Termópilas y de la figura de Jerjes por F. Miller en su *300* (1998), o en el cine, como en el *Alejandro Magno* de O. Stone. Como curiosidad, añadir que el Gran Rey también tuvo su lugar en la ópera y tras la actualización de la amenaza oriental con los turcos: ahí están *L'incoronazione di Dario* (1717), de A. Vivaldi, *Serse* (1737-8), de G.F. Händel –quizás inspiró también su *Siroe, Re di Persia* (1728)–, y en el *Artaxerxes* (1762), de T. Arne. Pero todo ello es otra historia de contar, una historia de larga duración.

tablillas de Persépolis, de E. Herzfeld, uno de los insignes arqueólogos que recuperaron parte del legado aqueménida, y aparecen en escena los Egibi, una de las casas de negocios más importantes de Babilonia y que junto a otras administraron las propiedades imperiales en dicha satrapía.

Por lo que respecta a la representación de Ciro, Lamb, como no podría ser de otra manera, reproduce la valoración favorable que recorrió de arriba a abajo toda la tradición clásica y posterior¹². Ciro es el gobernante ideal, el fundador de un imperio en el que hizo que triunfaran el encratismo moral (X., *Cyr.* VIII, 1, 30-33), el control de las pasiones, el imperativo de la verdad, uno de los valores dominantes en la ideología aqueménida, y los valores de la austeridad y la moderación, tanto que, como nos recuerda el autor, hasta el siglo XIX Ciro fue uno de los nombres de pila más populares en los Estados Unidos de América. Ciro es un gobernante ponderado, un soldado aguerrido, siempre al lado de sus hombres (X., *Cyr.* V, 3, 46-50; Them., *Or.* VI, 81b; Solin. 1, 108), y el creador de un vasto imperio en el que se vivió una auténtica *pax Achaemenidica*. En definitiva, un auténtico padre, valoración que reproduce un famoso pasaje herodoteo (Hdt. III, 89, 3).

En el relato de Lamb, el nacimiento de Ciro se inspira en Jenofonte y no en la historia del expósito criado por una pareja de pastores que leemos en Heródoto, mientras que para la muerte del Gran Rey no sigue la versión jenofontea del soberano muriendo en su lecho y dispensando una larga arenga moral a sus hijos sobre los peligros que entrañan las luchas intestinas por el poder entre hermanos¹³, sino que el Gran Rey muere en una campaña escita, hasta aquí Heródoto, pero no decapitado por la reina de los masagetas, Tomiris, tal como leemos en el autor de Halicarnaso.

Lamb nos vuelve a sorprender gratamente cuando en su epílogo recomienda activar nuestro escepticismo sobre las supuestas atrocidades de Cambises en Egipto e incluso, dando buena fe de su excelente documentación, que tras esa propaganda difamatoria que leemos en

¹² Tatum, J. (1989): *Xenophon's Imperial Fiction. On The Education of Cyrus*, Princeton.

¹³ García Sánchez, M. (en prensa): "La figura del sucesor del Gran Rey en la Persia aqueménida", en: V. Alonso Troncoso (ed.): *ΔΙΑΔΟΧΟΙ ΤΗΣ ΒΑΣΙΛΕΙΑΣ. La figura del sucesor en las monarquías de época helenística. Actas del Simposio Internacional sobre La figura del príncipe heredero en época helenística (A Coruña-Ferrol 11 y 12 de septiembre del 2003)*, Madrid, *Anejos Gerión*.

Heródoto y, por su influencia, en toda la tradición, se hallaban los sacerdotes egipcios, que infamaron al Gran Rey porque éste redujo ostensiblemente los ingresos que obtenían de los templos. Fueron éstos los responsables que difundieron la imagen del monarca enajenado que, hasta hace bien poco, ha dominado en toda la historiografía¹⁴. El atrevimiento de Lamb alcanza su cota máxima cuando afirma, en contra de toda la tradición, que Maratón y Salamina fueron dos conflictos menores en una pequeña región europea. Razón en parte no le falta, ya que es muy probable que los persas no vivieran esa derrota como una muestra de debilitamiento –tal como la sintieron los griegos– sino que en la práctica controlaron los asuntos helenos –Lamb acierta al afirmar que ‘los persas convirtieron la diplomacia en su mejor arma’– hasta la aparición en escena de Alejandro Magno. Una valoración del novelista norteamericano que podrían aplicársela muchos de los todavía helenocentristas historiadores de la antigüedad que repiten el tópico del conflicto entre la libertad y la esclavitud, la democracia frente al despotismo asiático, en definitiva, la barbarie contra la civilización. Como afirma acertadamente Lamb:

A partir de la repetición de esos relatos se ha creado la ilusión de que «nuestros» antepasados se opusieron heroicamente a los «enemigos» de Asia, el falso concepto de Occidente en armas contra un Oriente difusamente lujoso, de los europeos que defendieron nuestro patrimonio de los invasores asiáticos. Heródoto contribuyó a crear esta ilusión pues se consagró a la causa de sus paisanos. Transcurrirán varias generaciones antes de que la imagen que representó –y que Esquilo dramatizó– vuelva a la realidad. Los escolares del presente se imaginan a Jerjes como un déspota que desde las orillas de Asia condujo a los sátrapas, a hordas heterogéneas y a las armadas en el intento de esclavizar a nuestros antepasados.

No obstante, una lectura cuidadosa de Heródoto ofrece elementos particulares que demuestran que el mismo Jerjes fue un hombre enterado y de ideales elevados dentro de la tradición irania.

¹⁴ Vid., respectivamente, los ponderados trabajos de Lloyd, A.B. (1975, 1976, 1982, 1996): *Herodotus. Book II. Introduction*, Leiden; *Herodotus. Book II. Commentary 1-98*, Leiden; “The Inscription of Udjahorresnet: a Collaborator’s Testament”, *JEA* 68: 166-180; “Herodotus on Cambyes: some Thoughts on recent Work”, en: A. Kuhrt–H. Sancisi-Weerdenburg (eds.): *Achaemenid History III. Method and Theory. Proceedings of the London 1985 Achaemenid History Workshop*, Leiden, pp. 55-66.

En una valoración final, el autor afirma que ‘sin Ciro, Alejandro no habría existido’ y que éste fracasó en donde el otro triunfó, a saber, en la creación de un imperio que le sobreviviese mucho años. La sensatez y el rigor de Lamb se sintetizan, para acabar, en esta breve, elocuente y sabia aseveración: ‘Fue un tráfico en dos sentidos. Por regla general no se habla de lo que salió de Persia a Occidente después de Alejandro’.

Ciro, el Sol de Persia, de Guy Rachet, es una novela en la que el autor pretende complementar el uso de fuentes clásicas, Heródoto y Jenofonte, fundamentalmente, con la tradición irania del *Avesta* o Firdusi, recurriendo a la figura de un narrador que explica la vida de Ciro en los altos en el camino de una caravana que recorre las ciudades del imperio y en donde uno de los viajeros es, nada más y nada menos, que Ctesias de Cnido, un autor de *Persiká*. Un dato que revela que el autor se ha documentado en fuentes orientales es el hecho de que alrededor del fuego se siente también para escuchar la historia de Ciro un agente de la casa de negocios babilonia de los Murašū¹⁵. El problema es que al autor mezcla realidades iránias no documentadas para el caso de Ciro, como por ejemplo su supuesto zoroastrismo, tema más que polémico, aparecen en escena dioses como Mitra y Anahita, que no están atestiguados en la epigrafía aqueménida hasta el reinado de Artajerjes II (*A²Ha*; cf. *A²Sa*, 2; *A²Sd*, 3; Beros., *FGrHist.* 680, F16; *apud* Clem. Al., *Prot.* V, 65, 3), y cuya única prueba documental en el caso del primero sería el hecho de que el boyero que cuidó de Ciro al ser expuesto por su abuelo Astiages, según Heródoto, llevase un nombre teóforo vinculado a ese dios, saber, Mitradates (Hdt. I, 110). Es cierto que el autor conoce la religión de los Aqueménidas al referir que los persas siguen el dictado de Ciro de ser tolerantes con los cultos foráneos y no queremos decir con ello que Mitra y Anahita no fueran objeto de culto en época de Ciro, tan sólo que a veces resulta difícil justificar en la novela histórica, como en el *peplum*, en dónde debe situarse la frontera entre la fiabilidad a los datos históricos y la licencia del narrador. Sin duda, lo mejor sería que una cosa fuese compatible con la otra. Pero lo peor de la novela de Rachet, más allá del tópico del persa que vive al dictado de sus mujeres, es el que se quiera

¹⁵ Cardascia, G. (1951): *Les Archives des Murašū. Une famille d'hommes d'affaires babyloniens à l'époque perse (455-403 av. J.-C.)*, París; Donbaz, V.–Stolper, M.W. (1997): *Istanbul Murašū Texts*, Leiden; Stolper, M.W. (1985): *Entrepreneurs and Empire. The Murašū Archive, the Murašū Firm, and Persian Rule in Babylonia*, Leiden.

explotar el romanticismo de los amores de Ciro, llegando incluso el autor al ridículo al vincular sentimentalmente a Ciro con su verdugo en Heródoto (Hdt. I, 214), la reina masageta Tomiris, y hacer del hijo de ésta, Espargapises (Hdt. I, 211-3), víctima de la astucia del Aqueménida para vencer a los masagetas, el fruto del amor entre ambos. Ciro, cómo no, es impulsado a actuar en la novela por los deseos de sus tres mujeres: Amitis, Cansandane y la egipcia Nitetis (Hdt. III, 1, 3; Dino, *FGrHist.* 690, F 11; Lyceas Naucr., *FGrHist.* 613, F 1; Ath. 560d; Polyaen. VIII, 29), que también en la novela es la causa de que Cambises, tras ser coronado como Gran Rey, venga a su madre conquistando Egipto por el agravio sufrido por Casandane de verse relegada por las atenciones que Ciro prestaba a Nitetis (Hdt. III, 3, 2-3). Así, pues, lo que promete en el inicio al ver que aparece en escena Ctesias o los Murašū acaba por convertirse en una novela rosa urdida a base de tópicos, lecturas erradas e inexactitudes históricas. De nada sirve, pues, el pasmoso apéndice bibliográfico con el que el autor cierra su obra: a los citados Heródoto, Ctesias y Jenofonte, hay que sumar a Nicolás de Damasco, Estrabón, Justino o Polieno. De nada sirve tampoco que el autor se haya documentado en un libro capital de Arthur Christensen¹⁶ sobre la épica irania de los Grandes Reyes, que haya leído el *Avesta*, traducido por James Darmesteter, o el *Shânâme* o *Libro de los Reyes*, de Firdusi, en la monumental versión de Jules Mohl. Poco importa que se haya recurrido también a las inscripciones aqueménidas o babilónicas ni a la insustituible obra de Geo Widengren sobre la religión irania¹⁷. La intención es construir, una vez más, una novela en la que las mujeres – algo griego, demasiado griego– son las tramoyistas de las vidas y gestas de los Grandes Reyes aqueménidas.

Creación, de Gore Vidal, es una novela rigurosa cuyo interés va más allá de la recreación de los Grandes Reyes aqueménidas Darío I y, especialmente, Jerjes, cuyas vidas son narradas por Ciro Espitama, el nieto de Zoroastro.

El novelista norteamericano no duda en cuestionar a los clásicos –su fuente principal vuelve a ser, cómo no, Heródoto, pero también *Los Persas* de Esquilo–, menciona también a los Egibi, e incluso en el relato

¹⁶ Christensen, A. (1936): *Les gestes des rois dans les traditions de l'Iran antique*, París.

¹⁷ Widengren, G. (1968): *Les religions de l'Iran*, París (Stuttgart, 1965).

aflora ubicuamente el relativismo cultural –sofístico– en el que los persas ven como auténticos bárbaros y mendaces a los griegos. Se cuestiona además la imagen que los autores griegos y romanos ofrecieron de las reinas aqueménidas, como si de auténticas viragos se tratase¹⁸, y se ironiza de la ampulosidad que los griegos dieron a las victorias de Maratón y Salamina, un auténtico motivo de orgullo etnocultural y patriótico que los autores clásicos explotaron hasta la saciedad. Un eje vertebrador de esta novela es, a su vez, la religión irania del mazdeísmo.

El crítico autor norteamericano está bien informado, pero lo cierto es que acaba siendo víctima de lo que pretende desmentir. Así, por ejemplo, en su retrato de las mujeres aqueménidas las imagina otra vez como intrigantes y, junto a los taimados emasculados, velan por los intereses de sus hijos o manejan al Gran Rey como una auténtica marioneta. Así, en un pasaje de impronta herodotea, en particular, y clásica, en general, leemos: ‘No es un secreto que hasta hoy la verdadera fuente de poder en la corte de Persia no ha estado en el trono sino en el harén, donde conspiran las mujeres ambiciosas y los astutos eunucos’.

Elocuente al respecto es el retrato de uno de los personajes principales de la novela, la reina Atosa, la hija de Ciro y esposa de Darío I: *el Gran Rey bajo el hechizo de Atosa* (cf. Hdt. VII, 3, 4). Ésta consigue que Jerjes sea rey haciendo valer una supuesta costumbre persa que estima que el heredero es el primer nacido cuando el padre ya es rey, un *nómos*, el de la porfirogénesis, reproducido de Heródoto (Hdt. VII, 2, 3), que nada tuvo de imperativo en la sucesión aqueménida¹⁹.

Aparecen las mismas exageraciones sobre la suntuosidad de los palacios reales: ‘se dice que hay exactamente diez mil habitaciones’ en el palacio de Susa o el hecho de que el Gran Rey sólo beba agua del río Coaspes (Hdt. I, 188; Hdt. V, 49, 7; Hdt. V, 52, 6; Ctes., *FGrHist.* 688, F 37; Curt. V, 2, 9; Tib. III, 141; Ath. 45B; Ael., *VH* XII, 40; Solin. 37,

¹⁸ Brosius, M. (1996): *Women in Ancient Persia (559-331 BC)*, Oxford y García Sánchez, M. (2002): “Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa”, en C. Alfaro Giner–M. García Sánchez–M. Alamar Laparra (eds.): *Actas del Tercer y Cuarto Seminarios de Estudios sobre La Mujer en la Antigüedad (Valencia, 28-30 de Abril, 1999 y 12-14 de abril, 2000)*, Valencia, pp. 45-76.

¹⁹ García Sánchez, M.: “La figura del sucesor del Gran Rey en la Persia aqueménida” y Briant, P. (2002): “Guerre et succession dynastique chez les Achéménides: entre ‘coutume perse’ et violence armée”, en A. Chaniotis–P. Ducrey (eds.): *Army and Power in the Ancient World*, Stuttgart, p. 44.

6)²⁰. No entiende tampoco el autor la causa de que junto al Gran Rey siempre partiesen en campaña el harén y todos los hombres del rey, a saber, para viajar acompañado de rehenes que garantizaran la fidelidad de los nobles. O se recurre al tópico, también herodoteo, del abuso del vino por parte de los persas (Hdt. V, 18, 2; Pl, *Lg.* 695 b; Chares, *FGrHist.* 125, F 5; Sen., *Ir.* III, 14).

Darío es presentado como un hombre algo primario y socarrón, dominado –otra vez Heródoto (Hdt. III, 89, 3)– por su pasión de mercader y aquí cabe recordar que el historiador de Halicarnaso calificó al Aqueménida como *kápelos* (mercader): ‘Darío siempre prefirió el oro a la gloria’. Asimismo, su legitimidad dinástica es contestada, haciendo de él un usurpador más –algo de verdad hay en ello– que consiguió dicha legitimidad gracias a su matrimonio con Atosa, la hija de Ciro. Sí que se refleja en cambio muy bien la política matrimonial del Gran Rey que casa a sus hijas con los próceres más destacados, una medida de posibilismo político destinada a garantizar de nuevo, a través de los enlaces matrimoniales, la fidelidad de los clanes más poderosos (Str. XV, 3, 17)²¹.

Una descripción del ceremonial de la corte desvela que Gore Vidal tuvo presente durante la redacción de la novela la imagen de los relieves de Persépolis:

El Gran Rey vestía la túnica púrpura meda que sólo puede usar el soberano. En su cabeza tenía el alto cidaris de fieltro adornado con la cinta azul y blanca de Ciro. En la mano derecha tenía el cetro; en la izquierda, un loto dorado. El chambelán de la corte tenía una palmeta para ahuyentar moscas y una servilleta plegada sobre el brazo. El comandante de la guardia le seguía con un taburete. Un miembro de la familia real babilonia sostenía el tradicional parasol dorado sobre la cabeza del Gran Rey. Aquel parasol en

²⁰ Béquignon, Y. (1940): “Le breuvage du Gran Roi”, en: F. Chapouthier–W. Seston–P. Boyancé (eds.): *Mélanges d’Études anciennes offertes à Georges Radet*, Burdeos–París, pp. 20–24; Briant, P. (1994): “L’eau du Gran Roi”, en: L. Milano (ed.): *Drinking in Ancient Societies. History and Culture of Drinks in the Ancient Near East. Papers of a Symposium held in Rome, May 17–19, 1990*, Padua, pp. 45–65.

²¹ García Sánchez, M., “Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa”, pp. 58–66.

particular había pertenecido a los antiguos reyes asirios. Unos pocos pasos más atrás del Gran Rey se encontraba el príncipe heredero²².

Si pasamos, en cambio, al Jerjes de Vidal nada tiene que ver con la caricatura del monarca arrogante y soberbio, obsesionado con invadir la Hélade, que leemos en los autores griegos y romanos. Un rasgo, no obstante, que sí que el autor mantiene de las fuentes clásicas es la pasión del Gran Rey por las mujeres, otro de los tópicos, el de la promiscuidad sexual del Gran Rey –quien gobierna también *de facto* es la reina Amestris, la esposa de Jerjes–, que dominaron las representaciones de la alteridad persa en el imaginario griego. Ahora bien, como no podría ser de otra manera, aparece el lugar común de la embriaguez permanente del Gran Rey: ‘Jerjes está más tiempo ebrio que sobrio’; Jerjes duerme junto ‘a varias botellas de vino de Helbon’ (Heraclid. Cum., *FGrHist.* 689, F 2; Posidon. F 242 Edelstein-Kidd; Plu., *Quaest. conviv.* I, 4 = *Moralia* 620C; *Art.* VI; *Reg. et. imp. apophth.* = *Moralia* 173E; Ath. 28D; Ath. 33F; Ath. 34D), fatalidad que lo aboca a acceder a las peticiones más extravagantes o arriesgadas, ya que –de nuevo la influencia de los clásicos (Hdt. IX, 111, 1) y la *Biblia* (*Dan.*, 6, 13; 6, 9; 6, 16; *Est.* 1, 19)– ‘el Gran Rey no puede faltar a su palabra’.

El tópico del harén también vertebraba la novela: ‘Pero el Gran Rey prefería combatir en el harén, y no en la llanura del Ganges o en las costas del río Amarillo’.

Sin embargo, en general, la valoración de los Aqueménidas es positiva: ‘en términos prácticos, Jerjes no sólo no arruinó su tierra natal, sino que creía haber gobernado bastante bien su patrimonio’. Si bien su muerte no puede tener, sin embargo, un final más patético y carente de dignidad, muy acorde, por cierto, con la tradición clásica en la que bebe Vidal: ‘Con el beneplácito de la reina, Aspamitres y el comandante de la guardia, Artabanes, mataron a Jerjes mientras dormía. Una tarea fácil, puesto que hacía muchos años que Jerjes no se iba a la cama sin beber antes media docena de botellas de vino de Helbon’.

Así, pues, la intención del autor norteamericano de ceder la palabra a un narrador persa que relativizase el prurito etnocentrista griego se

²² Cool Root, M. (1979, 1990): *The King and Kingship in Achaemenid Art. Essays on the Creation of an Iconography of Empire*, Leiden; y *Crowning Glories. Persian Kingship and the Power of creative Continuity*, Ann Arbor.

desbarata al ser en exceso fiel a las insustituibles y tergiversadoras fuentes clásicas.

Si saltamos en el tiempo, sin duda, un personaje de la talla de Alejandro Magno y de la épica inmanente a su aventura de conquista del imperio aqueménida había de impulsar a muchos autores de novela histórica a recrear las peripecias de la construcción de su imperio multiétnico, del proyecto de fusión entre Oriente y Occidente. Nosotros hemos optado por tres novelas que nos parecen las más representativas, destacando especialmente por su belleza y calidad literaria el caso de *El muchacho persa*, de Mary Renault, complemento de otras dos obras dedicadas al joven macedonio: *Fuego del paraíso* (1973) y *Juegos funerarios* (1981). A ella hemos sumado en nuestro análisis, como decíamos, las obras de Gisbert Haefs y Valerio Massimo Manfredi. Pero, como veremos, la solvencia de las tres obras desde el punto de vista del género poco corrige la imagen tópica de un rey persa cobarde, enfermo de indecisión y dominado por la vida muelle, una imagen de larga duración que, por cierto, perdura en la representación de Oriente del *Alexander* de Oliver Stone.

Mary Renault tenía una sólida formación clásica –fue conservadora del Museo Británico– y ello se confirma cuando revela sus fuentes: *Historia de Alejandro Magno*, de Quinto Curcio; *Vida de Alejandro*, de Plutarco; *El banquete de los eruditos*, de Ateneo de Náucratis; *Historias Filípicas*, de Pompeyo Trogo, epitomizadas por Justino; el libro XVII de la *Biblioteca histórica*, de Diodoro de Sicilia; y la *Anábasis de Alejandro*, de Arriano de Nicomedia. Valerio Massimo Manfredi es también un gran conocedor del mundo clásico y su trilogía, convertida en best-seller, no amaga tampoco sus fuentes: las mismas utilizadas por Mary Renault, más la *Vida y hazañas de Alejandro Magno*, del Pseudo-Calístenes²³. Por supuesto, tampoco ha renunciado a autores de anecdotarios como Claudio Eliano o Valerio Máximo, a geógrafos como Estrabón, especialmente el libro quince de su *Geografía* dedicado a Persia, a obras de poliorcética como las de Eneas Tácito o Frontino, a los autores de *Persiká*, Ctesias de Cnido especialmente, o a los historiadores

²³ García Gual, C. (1995, 2002): “Una fabulosa biografía: La «Vida de Alejandro» del Pseudo Calístenes”, en: *La antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, pp. 39-54; y “Vida de Alejandro de Macedonia”, en: *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, pp. 57-74.

de Alejandro. Gisbert Haefs, no siendo un clasicista de formación, es también un autor bien informado que ha intentado rebajar un poco la exclusividad grecorromana de la antigüedad reivindicando el papel de Oriente –por ejemplo, en su peculiar *Troya*– o la importancia de Cartago en su *Aníbal*. Aunque no revela explícitamente sus fuentes, son sin duda las mismas que las de los dos otros autores, a las que habría que sumar el *Panegírico* de Isócrates, un texto clásico que recoge todos los tópicos sobre la *hybris* de los persas y en donde el ateniense reclamaba venganza por las ofensas de que fueron objeto los griegos durante más de dos siglos y por los sacrilegios cometidos por Jerjes sobre la sagrada acrópolis de Atenas (Isoc. IV, 175-177). Resulta también revelador que dos de las lecturas que el Alejandro de las tres novelas conoce casi de memoria sean la *Ciropedia* y la *Anábasis* de Jenofonte. Leemos en Manfredi: ‘Había leído mucho sobre el Imperio persa, se conocía casi de memoria ‘La educación de Ciro’ del ateniense Jenofonte y había reflexionado detenidamente acerca de la ‘Historia persa’ de Ctesias, obra llena de exageraciones fantásticas, pero interesante por ciertas observaciones de costumbres y de paisaje’²⁴.

²⁴ Ctesias de Cnido es el autor más controvertido de *Persiká* y ha sido considerado desde la antigüedad –ahí están para certificarlo Aristóteles, Estrabón, Plutarco, Arriano, Luciano o Aulo Gelio– hasta nuestros días como un autor poco fidedigno, por no decir el árbitro de la fabulación y la mentira. Fuera o no valorada su fiabilidad, lo cierto es que Aulo Gelio (Gel., N. A. IX, 4, 5), en el siglo II d. C., todavía tuvo en sus manos un ejemplar de su obra en un mercado de libros de Brindisi y como prueba del interés que suscitó la obra de Ctesias es suficientemente elocuente el hecho de que el patriarca Focio todavía pudiese leerla en su integridad en el siglo IX. Por otra parte, desde el punto de vista narrativo Ctesias fue un maestro de la fabulación, de transformar en verosimilitud lo paradoxográfico, de la retórica de lo maravilloso, de los prodigios, consiguiendo así satisfacer a un horizonte de expectativas anhelante de relatos maravillosos sobre Oriente, en general, y Persia, en particular. Si se quiere, su fiabilidad puede ser puesta en cuarentena, pero lo cierto es que su manera de hacer historia revela como pocas una manera elocuente de representarse la alteridad persa en el imaginario griego (*uid.* Auberger, J. (1995): “Ctésias romancier”, *AC* 64: 57-73; Gómez Espelosín, F.J. (1994): “Estrategias de la veracidad en Ctesias de Cnido”, *Pólis* 6: 143-168. Afortunadamente, desde hace poco contamos con una estupenda edición del médico de Cnido que restituye su valor historiográfico: Ctesias de Cnido (2004), *La Perse. L’Inde. Autres fragments*. Texte établi, traduit et commenté par Dominique Lenfant, París. Asimismo, Ctesias fue uno de los precursores en la antigüedad del género de la novela.

En principio no cabe reproche alguno ya que no han descuidado ninguna fuente relevante no sólo para conocer las hazañas de Alejandro Magno, sino para profundizar en el conocimiento de la etnogeografía de la Persia aqueménida, con todos sus usos y costumbres, como, por ejemplo, su afición a aclimatar especies exóticas de todos los puntos del imperio en sus maravillosos paraísos (X., *Cyr.* VIII, 6, 12; X., *Oec.* IV, 13) –‘donde el Rey de Reyes caza en sueños’, en la novela de Haefs²⁵, o el tópico de la debilidad de los persas por el vino o el alucinógeno haoma, éste último en las novelas de Haefs y Vidal. Lo sorprendente es que no cribasen dichos textos y no revisaran los tópicos que en ellos se reflejan sobre los persas y sobre el Gran Rey.

En las tres novelas aparece uno de los motivos que más fascinaron al imaginario clásico, a saber, las enormes riquezas del Gran Rey y la ostentación que decoraba el palacio de Persépolis, justamente una metrópoli incendiada en venganza por la profanación de Jerjes en la segunda Guerra médica de la acrópolis de Atenas. El motivo del lujo aparece ubicuamente en todas las apariciones del Gran Rey, ‘bajo su pabellón de púrpura y oro’, y que, como se refleja en la relación del general de Alejandro, Parmenión (Ath. 608A), contaba en sus palacios con riquezas superlativas. Son elocuentes las descripciones de Manfredi de la tienda de Darío III en Iso –‘un verdadero sueño regio’, en Haefs– o de la sala del tesoro de Persépolis:

La tienda de Darío era gigantesca, toda de cuero adamascado y decorado, con los cortinajes de púrpura y oro. Los palos de sujeción eran de madera de cedro tallado y chapado en oro puro. El suelo estaba cubierto por las más preciosas alfombras que imaginarse pueda. En el interior, pesadas cortinas de biso blanco, rojo y azul separaban los diferentes ambientes, como si se tratase de un edificio estable, con la sala del trono para las audiencias, el comedor, el tálamo con un monumental lecho con baldaquino y la estancia del baño.

Alejandro miraba a su alrededor sin hacerse casi a la idea de que tanta riqueza y tan increíble lujo estaban a su entera disposición. La pila de baño,

²⁵ Fauth, W. (1979): “Der königliche Gärtner und Jäger in Paradeisos. Beobachtungen zur Rolle des Herrschers in der vorderasiatischen Hortikultur”, *Persica* VIII: 1-53; Briant, P (2003): “À propos du Roi-Jardinier: remarques sur l'histoire d'un dossier documentaire”, en: W. Henkelman–A. Kuhrt (eds.): *A Persian Perspective. Essays in Memory of Heleen Sancisi-Weerdenburg, Achaemenid History XIII*, Leiden, pp. 33-49.

las ánforas, los cubos para el agua eran de oro macizo y las doncellas y los jóvenes eunucos de Darío, todos de una maravillosa belleza.

El rey, Eumenes y Calístenes se adentraron por el corredor que travesaba la sala por el medio y su admiración crecía a cada paso. No había sólo metal acuñado o en lingotes: había un sector en que estaban hacinados los objetos preciosos acumulados en el curso de doscientos años de conquistas y de dominio de un territorio que abarcaba desde el Indo hasta el Istro. Había joyas en cantidad inverosímil, cestos llenos de piedras preciosas de toda forma y color, perlas blancas y negras; había bronce y objetos decorativos, candelabros, estatuas e imágenes votivas procedentes de antiguos santuarios, y había armas, magníficas y de toda forma, tanto de combate como de gala: corazas, lanzas y espadas, yelmos adornados con las más impresionantes cimbras, puñales embutidos con hilos de oro y plata de hojas rectas o curvas o de madera pintada adornada con aplicaciones en marfil y en plata, grebas y cintos, correaes para la espada de malla de oro, con la fíbula adornada de lapislázuli y corales, azulejos esmaltados, en oro y plata, máscaras de ébano y de marfil, collares y pectorales indios, asirios, egipcios, en oro y esmaltes. Y también coronas de diademas que habían ceñido la frente de faraones egipcios, de tiranos griegos, de jefes escitas, de rajás indios, cetros y bastones de mango en ébano, marfil, oro, bronce, plata y ámbar, todos ellos maravillosamente decoradas.

Y telas: lino egipcio, viso sirio, lana jónica, púrpura fenicia, y también tejidos de un increíble esplendor, radiantes de los más diversos y raros colores. (...)

Doce cubos de un talento de dáricos de oro acuñados por su Majestad el rey Darío I, veinte talentos de lingotes de plata con el distintivo de Su Majestad el rey Jerjes ...

Ni los autores clásicos entendieron ni los contemporáneos autores de novela histórica han entendido que, de hecho, la corte, con todo su aparato, estaba allí donde se hallaba el Gran Rey y que, por tanto, el que tras el monarca fuesen un tropel de concubinas y eunucos, de esclavos u hombres de la administración respondía a esa razón. La tienda del Gran Rey era un símbolo del poder y allí donde se hallaba el rey allí se ubicaba la capital del imperio²⁶. A ello respondería también el que Alejandro hallase a la madre del rey, Sisigambis, a su esposa, Estatira, y a sus hijos. Éstos se encontraban allí donde se encontraba el Gran Rey. Dicho motivo, el del supuesto abandono de la familia real aqueménida,

²⁶ Briant, P. (1988): "Le nomadisme du Gran Roi", *IA* 23: 253-273.

fue explotado hasta la saciedad entre los autores clásicos como una muestra de la falta de dignidad de Darío III y la novela histórica contemporánea no ha vencido tampoco ese tópico de larga duración. Al respecto, el Alejandro de Haefs llega a afirmar elocuentemente sobre Darío III: ‘uno puede perder una batalla y seguir siendo el monarca. Pero esto... Ya no tiene derecho de llamarse el señor de nada’.

Evidentemente, y como no podía ser de otra manera en escritores que se han documentado en los autores clásicos, no falta ni en la novela de Haefs ni en la de Manfredi ese otro tópico que recorre las fuentes clásicas, a saber, el de la soberbia de Jerjes, el profanador de los altares helenos y del cadáver del espartano Leónidas en las Termópilas, aquel que perforó una canal en el Atos cuando conducía su inmensa flota hacia la Hélade o la construcción, no menos desmesurada, del puente de barcas sobre el Bósforo para que su millonario ejército cruzase de Asia a Europa. Resulta casi obvio mencionar que las fuentes en este caso son Esquilo y Heródoto²⁷.

Tampoco falta la mención de ese otro paradigma de crueldad según las fuentes clásicas que fue el Gran Rey Artajerjes III, ‘un hueso duro de

²⁷ La misma suma de tópicos sobre los persas se recogen en otra novela histórica de Steven Pressfield, *La batalla de las Termópilas. Puertas de fuego* (1998), en donde, inspirándose en Heródoto, de hecho la novela está estructurada en nueve libros, como las *Historias* del de Halicarnaso, a mayor gloria de Esparta se narra la épica y bella muerte de los lacedemonios de Leónidas intentando detener el avance inexorable de Jerjes. Pero hay un pasaje que creemos que sintetiza diáfananamente lo que aquí queremos demostrar sobre esa percepción de larga duración sobre la figura del Gran Rey como un monarca indigno, a saber, cuando el narrador y protagonista de la novela Xeones describe lo qué es un verdadero rey: ‘Contaré a su Majestad qué es un rey. Un rey no permanece dentro de su tienda mientras sus hombres se desangran y mueren en el campo de batalla. Un rey no cena mientras sus hombres pasan hambre, ni duerme cuando ellos están en vela en la muralla. Un rey no ordena a sus hombres lealtad por miedo a no comprarla con oro; se gana el amor con el sudor de su frente y los dolores los soporta por ellos. Lo que resulta la carga más pesada, un rey la coge el primero y la deja el último. Un rey no exige el servicio de aquellos a los que dirige sino que se los proporciona a ellos. Les sirve a ellos, no ellos a él’. Sin duda una valoración muy acorde con la tradición clásica de los tratados *Peri basileías* y en donde lo habitual fue presentar al Gran Rey como un gobernante más cercano al tirano, al déspota oriental, que al auténtico –filósofo– rey.

Tampoco sale mejor parado Artajerjes II en la novela de Michael Curtis Ford, *La odisea de los diez mil* (2001), inspirada como indica el título en la *Anábasis* de Jenofonte y en donde, como allí, se resalta el valor de filoheleno Ciro el Joven –también con vicios típicamente persas, como su pasión por las mujeres y el séquito de concubinas que lo acompañaban en la guerra– frente al blando Artajerjes II.

roer’, para Manfredi, o ‘un carnicero’ (cf. Ael., *VH* II, 17), para Mary Renault. Para Haefs, al menos –y no faltan de ello testimonios en las fuentes clásicas–, un monarca que restauró la fuerza del imperio con la conquista de Egipto en el 343 a. C. (D. S. XVI, 51, 2) y frente al que Grecia ya no contaba ni con un Leónidas ni con un Temístocles para oponerle, excepción, claro está, de Filipo de Macedonia. Artajerjes III, un rey víctima de la conjura del eunuco Bagoas, un tópico, el de la conjura de los eunucos y las mujeres que abunda en las fuentes clásicas. Se recuerda también que dicho eunuco colocó en el trono a Arsés y sorprende en Manfredi que un espía macedonio muestre a Filipo el rostro del nuevo rey en una moneda recién acuñada²⁸.

El caballo del Gran Rey es alimentado únicamente con flores de Media²⁹ y la exageración de la ostentabilidad aqueménida se lleva al extremo en la novela de Manfredi al afirmar que la calzada real de Sardes a Susa era ‘un camino totalmente empedrado, con las verjas de oro’.

El Gran Rey protagonista de las hazañas de Alejandro es Darío III Codomano, en las tres novelas un personaje de muy segunda fila que es utilizado, como entre los autores clásicos, para destacar la grandeza y gestas de Alejandro.

Uno de los motivos recurrentes de los autores clásicos (Str. XV, 3, 17-24; Curt. VI, 3, 12-3; Arr., *An.* II, 14, 5) fue el de la legitimidad o no de la ascensión de Darío III al trono aqueménida, ya que no era

²⁸ Es posible que Manfredi haya recurrido aquí al trabajo de Babelon, E. (1907-1910): *Traité des monnaies grecques et romaines, II: Descriptions historiques*, I-II, París, que defendió la tesis de que era posible distinguir los rostros de los monarcas aqueménidas a partir de las monedas (II/1, col. 258; col. 259; II/2, col. 50-51). Tal posibilidad es poco menos que imposible (uid. Briant, P. (2003): *Darius dans l'ombre d'Alexandre*, París, pp. 52-61).

²⁹ Es posible que el término para la alfalfa, dieta básica, entre otros tipos, de los caballos niseos, los preferidos por el Gran Rey, cuyo nombre iranio es *aspata* o *aspa.asta* (comida para caballos) sea un préstamo acadio, pero lo que a nosotros nos interesa en relación a la representación de la alteridad es que a partir de las guerras médicas se la conoció en Grecia como la hierba meda [(*botânê mêdikê*)] –*medicago sativa*, *medikê póa*– (Str. XI, 13, 7). Herzfeld, E. (1968): *The persian Empire. Studies in geography and ethnography of the ancient near east. Edited from the posthumous papers by Gerold Walser*, Wiesbaden, p. 7; Dandamaev, M.A.–Lukonin, V.G. (1991), *Cultura y economía del Irán antiguo*, Sabadell, p. 206 (Moscú, 1980); Shahbazi, A.S. (1987): “ASB I. ‘horse’ in pre-Islamic Iran”, *EncIr* II/7: 726.

descendiente directo de ningún monarca, sino de un hermano de Artajerjes II, Ostanes, hecho éste que fue aprovechado por la propaganda macedónica para deslegitimar al nuevo Gran Rey³⁰. Manfredi hace que al menos uno de sus personajes recuerde que es un heredero legítimo porque era miembro de una rama colateral de los Aqueménidas, ‘un hombre no carente de dignidad’, pero luego apunta cómo Alejandro, en respuesta a una carta de Darío, afirma: ‘has conquistado el trono mediante el engaño’, basándose, sin duda, en los citados pasajes de Estrabón, Curcio o Arriano. Se recuerda también otro lugar común del valor de Darío cuando todavía era un simple particular y luchó valerosamente en un duelo singular contra un pavoroso guerrero cadusio, hazaña que le valió como mérito para ser elegido como Gran Rey (D. S. XVII, 6, 1; Just. X, 3, 2-5). Mary Renault, en cambio, legitima parcialmente el ascenso al trono de Darío *por parentesco indirecto*, recordando también el episodio del combate contra los cadusios. El retrato del Gran Rey oscila, en general en las tres novelas, entre la polaridad que vertebró toda la tradición clásica, a saber, la que hizo de Darío III un monarca amado por el pueblo, *bello y valeroso* –cuando era un simple particular–, *bondadoso e indulgente*, y el retrato abrumadoramente dominante de un monarca cobarde que no supo estar a la altura de un gigante como Alejandro y el de un *hombre agotado por el exceso de placeres pero en modo alguno dispuesto a abandonarlos* (las cursivas pertenecen a la obra de Mary Renault)³¹.

Como no podría ser de otra manera, se recoge el tópico de la huida del Gran Rey en la batalla de Iso –ya antes Manfredi había rememorado cómo Alejandro se quedó extasiado por la expresiva belleza de la Stoa *Poikile* (cf. D., *Callic.* 94; Paus. I, 15, 3) decorada con los frescos de Polignoto relativos a la batalla de Maratón, un valor mítico para la conciencia colectiva ateniense³² y, según el autor italiano, también de

³⁰ García Sánchez, M.: “La figura del sucesor del Gran Rey en la Persia aqueménida” y Briant, P.: “Guerre et succession dynastique chez les Achéménides: entre ‘coutume perse’ et violence armée”.

³¹ Nylander, C. (1993): “Darius III – the Coward King. Point and Counterpoint”, en: J. Carlsen *et alii* (eds.): *Alexander the Great. Reality and Myth*, Roma, pp. 145-159.

³² Para Esquilo su participación en dicha batalla fue, sin duda, el capítulo más decisivo de su biografía, ya que en su epitafio quiso que la posteridad lo recordase no por sus tragedias, sino precisamente por haber combatido en Maratón (A. F 773 Mette). Loraux, N. (1981): “Marathon ou l’histoire paradigmatique”, en: *L’invention d’Athènes. Histoire*

Salamina y en los que se veía a Jerjes *huyendo aterrorizado*. El Gran Rey huyendo en la batalla, no afrontando el choque directo con sus enemigos fue un motivo recurrente en las fuentes clásicas y también en las tres novelas, y, como también entre los historiadores de Alejandro, se destaca la polaridad entre un Alejandro ansioso del combate directo, valeroso y amante de la gesta épica, que nunca abandona a sus hombres en el fragor de la batalla –motivo también explotado por Oliver Stone en su *Alexander*– frente a un Gran Rey temeroso que huye cuando intuye el más mínimo atisbo de que su suerte es adversa y, lo peor, abandonando a sus hombres, que dejan sus vidas creyendo que su monarca se bate denodadamente junto a ellos o, como hemos visto, a la mismísima familia real. Darío III huye en la novela de Manfredi de la manera más ignominiosa, a saber, desprendiéndose de los símbolos de su realeza:

La persecución de Darío se prolongó durante horas. La cuadriga real a veces aparecía en lejanía para luego desaparecer de nuevo por escondidos senderos entre la tupida vegetación que cubría las cimas de las colinas. De repente, detrás de un recodo del camino, Alejandro y sus amigos se toparon de frente, con el carro abandonado del Gran Rey, con las vestiduras reales colgando de un borde, la aljaba de oro, la lanza y el arco.

Al final, sus hombres, ‘viéndole siempre huir, se desmoralizaron’ y abandonaron la lucha.

Precisamente, en la iconografía real aqueménida, abrumadoramente en la glíptica, aparece el héroe real o el Gran Rey luchando contra leones, especialmente con su arco en las manos. Este es un motivo ideológico de la iconografía real (Hdt. I, 136; *cf.* X., *Cyr.* I, 6, 33), pero que debemos contraponer a la valoración de los griegos de que luchar con arco, como las amazonas, disparar desde lejos evitando el contacto cuerpo a cuerpo era propio de bárbaros cobardes (A., *Pers.* 85; E., *Heracl.* 159-164)³³.

de l'orasion funèbre dans la «cité classique», París, pp. 157-173; Prost, F. (1999): “Les combattants de Marathon: idéologie et société hoplitiques à Athènes au Ve s.”, en: F. Prost (ed.): *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IV e s. av. J.-C.*, París, pp. 69-88.

³³ Sobre las diferencias entre el combate hoplítico y los arqueros persas puede verse el excelente estudio de Lissarrague, F. (1990): *L'autre guerrier. Archers, peltastes, cavaliers dans l'imagerie attique*, París-Roma; Reboreda Morillo, S. (1996): “La simbología del arco y las flechas en la Persia aqueménida”, en: A. Rodríguez Casal

Mary Renault también describe elocuentemente la huída de Darío en Gaugamela –como Haefs en Iso– y ve en ello la muestra de que el Gran Rey perdió allí definitivamente su carisma y dignidad:

Darío había huido muy temprano pero no fue el primero. Su auriga había sido alcanzado por un venablo y, al caer, fue confundido con el rey. De ahí arrancó la primera huida.

Tal vez hubiera podido afrontar un combate individual como aquel ya tan lejano en Cadusia. ¡Si hubiera tomado las riendas del carro y hubiera lanzado un grito de guerra adentrándose entre los enemigos! Hubiera sido rápido y su nombre hubiera perdurado con honor. Cuán a menudo debió desearlo así antes del final. Pero, presa del pánico como una hoja de tormenta, al ver a Alejandro acercarse a él montando en su caballo negro, hizo dar la vuelta al carro y provocó la derrota. Y la llanura de Gaugamela se convirtió en un matadero.

Qué lejano aquel valor de los dos héroes de Alejandro en la novela de Renault: Ciro y Aquiles. Y así cuando Ptolomeo se encuentra a Darío frente a frente en Gaugamela con lo que topa en la novela de Haefs es:

El rostro del Gran Rey desencajado por el miedo, ver cómo la cara petrificada de su alteza real se descomponía en un gesto de asombro, estupor, susto y finalmente de terror (...) Darío dio media vuelta con el carro y emprendió la fuga.

Imágenes inspiradas, sin duda, por el expresivo y épico mosaico de la casa del Fauno en Pompeya.

Asimismo, otro lugar común de las fuentes clásicas que aparece en los autores de novela histórica es el de la inmensidad y algarabía de los ejércitos del Gran Rey. No faltan tampoco las menciones a la paradoja de que ciudadanos helenos sirviesen como mercenarios en los ejércitos del Gran Rey, el eterno enemigo³⁴. Alejandro recuerda con orgullo que, no obstante, trescientos espartanos defendieron las Termópilas contra el ejército de Jerjes.

(coord.): *Humanitas: estudios en homenaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*, Santiago de Compostela, pp. 343-357.

³⁴ Seibt, G.F. (1977): *Griechische Söldner im Achaimenidenreich*, Bonn.

Por cierto, que tanto Valerio Massimo Manfredi como Mary Renault apuntan, como decíamos, que una de las lecturas preferidas de Alejandro era la *Ciropedia* de Jenofonte y en las fuentes clásicas dicha noticia no aparece nunca. Haefs, en cambio, muestra a un Alejandro sabedor de que la *Ciropedia* es sólo un espejo de príncipes. Ahora bien, en las tres novelas, como en la tradición clásica, Ciro es el soberano ideal, aunque puntualizando Aristóteles en la novela de Haefs que ‘ni Jenofonte sabía mucho sobre Ciro ni es concebible que un rey bárbaro fuera el gobernante que todos nosotros desearíamos tener’. En la novela de Mary Renault, con Ciro, precisamente, y basándose en un pasaje de la *Ciropedia*, se compara para más oprobio a Darío III:

Darío perdió y te diré por qué. A los sátrapas se les puede gobernar de esta forma, pero a los soldados jamás. No quieren seguir a una imagen real a la que tengan que acercarse arrastrándose sobre el vientre –alusión a la, para los griegos, humillante *proskynesis*. Quieren saber que les recuerdas en alguna acción de hace un año y que sabes que tiene un hermano en el ejército; quieren que se les dedique una palabra si éste muere. Si cae la nieve sobre ellos, quieren que caiga también sobre su general. Y si las provisiones escasean, o el agua, y tú encabezas la columna, quieren saber que lo haces por decisión del ejército: entonces te seguirán. (...) Ciro no descansó hasta haberlo conseguido.

Ha llegado ya la hora de que nuestros análisis del pasado, nuestras reconstrucciones y recreaciones del mismo, pasen por el cedazo de la honestidad intelectual que reconozca el lugar de cada cual, que no es otra cosa que el lugar de todos nosotros. El pasado es herencia de la civilización y todos somos hijos de Oriente y Occidente. La visión del imperio aqueménida se ha liberado ya por fortuna del prisma deformador que la convertía en la antonomasia de la molice, del lujo y del despotismo. Ahora sólo falta que el proceso –que está también en curso– se extienda a otras zonas de oriente o del sur que siguen todavía deformadas interesadamente por algunos de los tópicos creados por los griegos en sus miradas sobre la alteridad. Nuestro presente, sin embargo, sigue por desgracia aún demasiado apegado a una representación de Oriente como tierra de fanatismo y de crueldad desatada, como un campo abonado para el triunfo de la irracionalidad, del fanatismo y del despotismo. Eso continuará siendo así mientras no hagamos nuestras, aquí y allá, las palabras de Edward W. Said:

La idea que guía ‘Orientalismo’ es utilizar la crítica humanista para ampliar los campos de batalla, para introducir una secuencia más larga de pensamiento y análisis con el fin de sustituir los breves brotes de furia polémica y paralizadora que nos aprisionan. Lo que intento hacer es lo que denomino ‘humanismo’, un término que sigo empleando con terquedad pese al desprecio que les produce a los refinados críticos posmodernos. Humanismo quiere decir, ante todo, intentar disolver las esposas mentales de Blake para poder pensar de forma histórica y racional y lograr un conocimiento reflexivo. Además se apoya en un sentido de comunidad con otros intérpretes, otras sociedades y otros períodos: por consiguiente, en términos estrictos, no existe el humanismo aislado. Es decir, cada terreno está vinculado a los demás, y nada de lo que ocurre en nuestro mundo está jamás completamente aislado y libre de toda influencia externa³⁵.

Es hoy imperativo, pues, ampliar el campo semántico de humanismo más allá de la tradición clásica y si la novela histórica es, como se ha dicho, un género de inequívoca vocación popular³⁶, quizás sea el momento también de que el lector profano no continúe siendo víctima de una distorsión interesada y maniquea de la historia.

³⁵ Said, E.W. (2003): “El humanismo como resistencia”, *El País*, 23/8/2003.

³⁶ García Gual, C. (2002): “Apología de la novela histórica”, en: *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, p. 25.